

# Homenaje en el Día del Maestro

Rubén Amaya Reyes  
Rector, Universidad Central

Señores miembros del Honorable Consejo Superior, Señores Decanos, Señores Docentes, Señoras y Señores, Compañeros todos.

Una de las grandes conquistas de la Ilustración fue el desarrollo de la idea de “autonomía”, como presupuesto básico de la modernidad. La mayoría de edad no radica en el recuento cronológico, sino en la capacidad del individuo para tomar decisiones autónomas, propias. Decisiones conscientes que impliquen una aproximación a la armonía social, pero que son también, de alguna manera, el fin último de la individualidad. La vida nos ha brindado la oportunidad de ejercer el más noble de los oficios: enseñar. Hace dos milenios el hijo de un tosco carpintero, maestro de maestros, desde el universo de su humildad, nos dio la más sublime lección de la historia, al precio de su propia sangre, que es la de nuestra igualdad: felicidad y realización son sinónimos de dar, amar es enseñar. El amor es la respuesta del hombre al problema de la existencia.

Profesor viene del latín y significa *proffesus sum*: enunciar. Por eso, aquellos que han enunciado la verdad, la bondad y la belleza de manera más coherente y sistemática, sin trepidar y alcanzando con su prédica una verdadera correspondencia de vivencialidad, han llegado a la excelcitud y son también maestros.

Es tarea superior, ciertamente, la del profesor, y por eso cuando alcanza un grado excelente, al profesor lo llamamos maestro. Y también llamamos maestro a quien ha llegado a la perfección, en el cultivo de un arte o ciencia, o a quien descuella sobre los otros por su pericia o energía, en una profesión u oficio. Y es

así como llamamos maestros, a Miguel Antonio Caro y a Rufino José Cuervo, a Guillermo Valencia o a López de Mesa, a Sanín Cano, porque en ellos reconocemos cumbres del buen decir y del bien pensar, creadores de belleza sensible o intelectual, que reputamos excelsa y digna de ser imitada.

Es esta otra condición que irradia del auténtico maestro: lo consideramos una persona digna de imitación, lo que se llama un paradigma. De ahí la tremenda responsabilidad que compete en la sociedad a profesores y maestros, porque, de lo que ellos sean, depende, en buena parte, en parte muy substancial, lo que sea la sociedad.

Por todo ello, esta ocasión me parece propicia para instarlos a que, conscientes de que nuestra práctica nos lleva a ser unos alumnos



más, prediquemos y vivamos valores superiores que cada instante deben justificar nuestra misión sobre la tierra. Tratemos de realizar un prospecto personal y social de porvenir, acorde con los principios que nos ha enseñado la Universidad Central. Ensayemos a responder, en un colectivo de trabajo que implica la simbiosis de varias generaciones, un interrogante que debemos plantearnos a diario y cuya respuesta sin duda iluminará el camino: ¿Qué podemos y qué debemos hacer?

Podemos desde luego, continuar forjando una Universidad caracterizada por su autonomía; abierta al pensamiento. Investigativa. Una Universidad que utilice adecuadamente y renueve permanentemente las tecnologías más avanzadas en la prosecución de los objetivos que nos señalaron la capacidad de soñar y el empeño indeficiente de quienes en una hora afortunada la fundaron.

Debemos lograr un aprovechamiento óptimo de nuestro principal recurso: el recurso humano. Por ello es preciso obrar en función del mejoramiento de la gestión universitaria, tanto a nivel académico como administrativo, para consolidar uno de nuestros más caros objetivos: preparar a los profesionales del pre-

sente como los líderes que mañana va a necesitar este suelo que nos legaron quienes conquistaron la libertad para las actuales y venideras generaciones. Debemos trabajar "con todos, para el bien de todos".

Si somos fieles al compromiso que como educadores hemos adquirido con la historia, nuestra Universidad evolucionará y se proyectará como una institución promotora por excelencia, de la observación, el análisis, la crítica, el cuestionamiento. Esto nos obliga a todos, a redoblar esfuerzos en procura de la mayor calidad académica, de la profundidad y autenticidad de la investigación, de la proyección social de nuestros programas. Implica todo ello, propender por la aplicación de la interdisciplinariedad; hacer viable la formación integral de quienes conformamos la comunidad universitaria; formar y educar en valores.

Debemos siempre soñar y más aun, esperar una Universidad consciente de las transformaciones de un mundo globalizado y de los conflictos sociales y políticos que vive la nación. Una entidad que viva en función de innovar sus metodologías educativas; que mejore su gestión; que se aproxima a la educación

---

Si somos fieles al compromiso que como educadores hemos

**adquirido con la historia, nuestra Universidad**

evolucionará y se proyectará como una institución promotora por excelencia, de la **observación,** el análisis,

la crítica, el cuestionamiento.

.....

orientada hacia “el desarrollo a escala humana” y a la intensificación de una cultura de la paz y el respeto a los Derechos Humanos.

Necesitamos una Universidad que “se renueva para no morir”, como en el verso eterno de D’anunzio. Un organismo dialéctico que conoce sus contradicciones y las resuelve de manera permanente. Un ente que se autoevalúa; que busca la acreditación real de sus programas. *El objetivo es que los egresados de mañana sean mejores que nosotros.* En esa medida, trasegamos en busca de la excelencia. Estoy seguro que lo lograremos. Recuerdo aquel lema de Séneca, maestro del Emperador Nerón “no es que no intentemos muchas cosas porque son difíciles, sino que son difíciles porque no las intentamos”.

En el día de hoy, queremos hacer un merecido reconocimiento a su encomiable labor. Agradecerles por consagrar su tiempo, capacidades y talentos a la conducción de quienes son el futuro de Colombia; por cultivar a diario ese ideal supremo llamado educación; por sus contribuciones a la ciencia y la cultura; por sus enormes aportes para la construcción de un futuro mejor.

Por todo esto queremos hacerlos partícipes del proceso que nos llevará a alcanzar ese sueño llamado “La Universidad Central para el próximo milenio”. Implementando desde ya, mecanismos que permitan la participación activa y amplia de todos ustedes: el acceso a los programas de posgrados y maestrías que ofrece la Universidad; la vinculación en proyectos de investigación; los beneficios derivados de convenios interinstitucionales y de cooperación; la concurrencia en procedimientos de innovación académica, tecnológica y administrativa de nuestra Institución, que les permita acceder a la información de una manera más ágil y dinámica”. En ese orden de ideas, el proceso de reingeniería por el cual atraviesa actualmente nuestra biblioteca; la adquisición e innovación informática de la Universidad y la

implementación de procesos de investigación hacia las Facultades, son apenas algunos ejemplos de las acciones que ya se están impulsando con este fin.

Esta ocasión es propicia para recordar que el amor a la verdad es una de las más grandes culminaciones de las fuerzas morales que han alimentado a la humanidad y que, uno de los objetivos fundamentales de la enseñanza es la emancipación del error. Decía el aforismo clásico: “no hay religión más elevada que la verdad”. La historia del progreso es el recuento de los grandes y pequeños triunfos de la verdad contra la superstición. No debemos olvidar que las ciencias son sistemas de verdades cada vez menos imperfectos; que el saber humano se desenvuelve en función de la experiencia; que práctica es el criterio de la verdad. La sabiduría que ha dejado de ser un deporte epicúreo para convertirse en una fuerza moral de enaltecimiento humano, nos enseña a cada día que el espíritu científico excluye los tradicionales “principios de autoridad”. José Ingenieros, gran maestro latinoamericano, lo ha expresado de manera genial: “Sin la firme resolución de cumplir los deberes de la crítica, examinando el valor lógico de las creencias, el hombre hace mal uso de la función de pensar, convirtiéndose en vasallo de las palabras propias o los sofismas ajenos. El error ignora la crítica; la mentira la teme; la verdad nace de ella”.

En libro recientemente publicado, Alfonso López Quintas, miembro de la Real Academia de Ciencias Morales de Madrid y profesor de la Universidad Complutense de la misma ciudad, expresa sobre este tema: “La necesidad de verdad es más sagrada que ninguna otra. Sin embargo, nunca se ha hecho mención de ella. Se tiene miedo de leer cuando uno se ha dado cuenta alguna vez, de la cantidad de falsedades materiales acumuladas sin pudor, incluso en los libros de los autores más reputados. Entonces se lee como si se bebiera el agua de pozos dudosos”. “Es vergonzoso”, agrega, “to-



lerar la existencia de periódicos de los cuales todo el mundo sabe que ningún colaborador podría permanecer en él, si no consintiese, a veces, en alterar conscientemente la verdad”.

Desde su fundación la Universidad Central ha tenido como uno de sus objetivos esenciales, el de capacitar al hombre para la vida social. Siempre entendimos este imperativo que nos ha hecho saber que nuestra función no sólo es la más noble, sino también la más grave de la humanidad.

Como docentes de la comunidad centralista, debemos prepararnos para afrontar con nuestras mejores cualidades y capacidades, todos los retos que el milenio por venir nos va a deparar. Esto exige el esfuerzo de todos y cada uno de nosotros; la lealtad hacia ese ideal sublime que es la educación; la responsabilidad con el sueño de construir día a día una Universidad mejor, cuya base sea el compromiso

con el mejoramiento de las condiciones de vida del país; la cualificación de la competitividad profesional y el convencimiento de que la educación es el instrumento eficaz para lograrlos. Yo les aseguro que todo este esfuerzo mancomunado, redundará en beneficio de los magnos objetivos que hoy convocan nuestra energía creadora y nuestra capacidad de vislumbrar el provenir.

Hagamos lo posible por cultivar la comprensión y la bondad. Y, algo más importante: la solidaridad. Seamos inquietos, rebeldes, ansiosos de perfección. Practiquemos siempre la consecuencia, la lealtad y la firmeza en los principios. Hagamos todo lo posible por cumplir bien con los deberes que la vida nos va descubriendo cada día. ¡Estudiemos! ¡Siempre estudiemos! ¡Nunca dejemos de estudiar! No olvidemos lo que escribió un sabio tratadista oriental: “El que no estudia ni investiga, no tiene derecho a hablar”. Después del amor, las categorías más importantes de la existencia humana son la verdad, la ciencia y el ideal. Y ellas sólo se alcanzan por la vía del estudio.

Celebremos este día y saludemos el futuro, mirando hacia la luz. O pidiendo más luz, como en su hora postrera lo hiciera el poeta y filósofo alemán cuya ejemplar existencia sobresale entre los arquetipos más excelsos. Hagamos de nuestra travesía un himno a la alegría. Y volvamos siempre sobre los pasos cantados y contados de Goethe. El en su hora cenital exclamó ante los hombres de la República de Weimar: “Toda teoría es gris. Y verde es sólo, el árbol de la vida”.

Muchas Gracias.

**bojas Universitarias.....**